

Cuando nuestro hermano mayor y el mayordomo me comunicaron su intención de nombrarme pregonera para este año, mi primera reacción, además de sorpresa absoluta, fue casi de pánico. En mi cabeza, solo resonaba: “yo no sé hacer esto”, “yo no soy capaz”, pensamiento que aún hoy me acompaña. Pero sobre todo me sentía abrumada por la responsabilidad que para mí esto conlleva.

Más allá de las palabras de ánimo, que en aquel momento cayeron en saco roto, fueron otras las palabras las que inclinaron la balanza a su favor: “serás la representante de una familia muy ligada a la Hermandad por varias generaciones”. Y con esa tremenda responsabilidad y con mucho respeto me enfrento a esta encomienda. Con la certeza de que soy la voz de muchos, la voz de mis padres, de mis hermanos, de mis abuelos, mis tíos y mis primos. Con

esa responsabilidad y con miedo de no saber expresar todo lo que mi corazón y los suyos quisieran contar.

A vosotros, los de mi sangre, os pido perdón de antemano, si por prudente en ocasiones o por no serlo tanto en otras, os decepciona mi discurso. A todos los demás, os pido comprensión e indulgencia, que no soy mujer de letras y no es fácil hablar con el corazón desnudo y entregado.

Quisiera empezar este pregón descubriendo el cartel que tan ansiosos esperamos. Así su imagen me dará el temple y el soporte que necesito esta noche. Me gustaría que subiese mi padre para acompañarme.

Al empezar a escribir este pregón, en esos primeros días, me dijo un amigo: “busca en tus recuerdos, que está todo ahí”, recuerdos adormecidos, anestesiados por el correr de la vida.

Han sido semanas de mucho pensar, de mucho sentir y mucho recordar, de llenarme de nostalgia y derramar algunas lágrimas... Pero con esas lágrimas acudía una sonrisa a los labios, porque son recuerdos felices y vienen de la mano de mis seres más queridos.

Podría decirse que ser enterrista en mi casa era lo que tocaba, no podría ser de otra forma, siendo hijos y nietos de quienes somos. Pero yo creo que ser enterrista no es algo que se hace por costumbre, no solo es algo que se hereda, si no ¿por qué en una misma casa hay hermanos de una u otra cofradía? ¿por qué hay forasteros que

se hacen más enterristas que los locales? Mi abuela se crió en Córdoba, ¿y acaso se podía ser más Angustiosa? Enterrista se nace, no se puede elegir. Ser enterrista es casi como un estilo de vida, es una forma de entenderla y de encararla, de ponerse frente a los problemas y echarle coraje.

Es disfrutar, de lo mucho, de lo poco, disfrutar compartiendo. Va de sentirse orgullosos del trabajo, de ser honestos y mirar de frente. Un enterrista siempre tiene tiempo para un amigo, da la cara por él y le echa una mano cuando hace falta. Y es que de verdad que nos sentimos hermanos, aunque muchos de nosotros aparentemente no tengamos nada en común... Nada salvo querer a la misma Madre, que es la que nos ampara a todos.

Y lloramos... Lloramos mucho, porque no nos da complejo, porque nada se cuestiona, porque se llora de emoción y de amor por los que están, y por los que se fueron. Cada uno con lo suyo. Porque todo cabe en una noche y esa noche no hay nada más.

Así y todo, es verdad que ser enterrista en mi casa es algo que casi te viene dado ¿Cómo no íbamos a serlo con la historia que tenemos? Si venimos cargados de apellidos históricamente ligados a la Hermandad, si en el que hoy es el salón de mi casa, y mucho antes de que yo naciera, ya se vestía a la Virgen. Me contaba mi abuela que les pasaban la ropa con una caña, para que nadie más que las camareras la pudiesen ver.

Cuando acababan y entraban los hermanos, Catalina Mesa cantaba una saeta. Esta historia se recogió en un

pergamino que hoy cuelga en nuestro salón. La noche que nos fue entregado, pudimos disfrutar de esa letra. Nos la regaló nuestro querido y recordado Canillas:

*“MARE” MÍA DE LAS ANGUSTIAS
QUE PENA LLEVAS CONTIGO
YA NO TIENES ALEGRÍA
PORQUE AL HIJO DE TUS
ENTRAÑAS
LE VAN A QUITAR LA VÍA*

Gran parte de los recuerdos de nuestra vida giran alrededor de estas historias, las que nos han contado. Algunas íntimas confidencias, otras más lúdicas, y se van mezclando con las nuestras propias, las que ahora contamos a nuestros hijos. Recuerdos de esos Viernes Santo con todos mis primos saliendo de mi casa vestidos del Santo Entierro. Todo un revuelo y una fiesta en realidad, aunque había alguna disputa

por ver a quién le tocaba ponerse el cinturón del abuelo Paco.

Os voy a contar una anécdota que alguna vez hemos contado cuando alguien fuera de la familia nos pregunta cómo es que somos tan de la Hermandad.

Lo voy a contar porque ha prescrito, y yo creo que ya no nos van a regañar.... En mi casa, de siempre, se guardaban algunos enseres de la Hermandad, así que nosotros nos hemos criado convirtiendo en cotidianos objetos tan especiales, tan sagrados.

Pues bien, entre otras cosas, había una caja de madera grande, con unas puertas, que guardaba la corona de nuestra Señora. Se supone que estaba guardada en sitio seguro, pero no hay sitio seguro para los niños, de modo que la sacamos y nos la probamos.

No quiero pensar si mi madre nos hubiera pillado.

No fue así y nosotros no le dábamos más importancia, hasta que ahora de mayores lo recordamos con una mezcla de diversión y culpa casi a partes iguales.

Así que, si nos preguntan contamos la historia, que no es muy importante, pero es la forma de decir que ser enterristas es lo que somos, por los cuatro costados. Que no puede ser de otra manera, porque ha sido y es tan parte de nuestra vida que no se distingue una faceta de otra. Somos enterristas porque así se siente, así se vive y así se respira en mi casa.

Desde pequeños hemos oído historias de esos primeros tiempos de esta Hermandad.

Nos contaba mi padre, que acompañaba a mi abuelo Andrés a las encerronas, cuando él no tenía más de 8 o 9 años. Allí se reunían Juan Campos, Manuel Recio, mi abuelo Paco Alés, Andrés Mesa y José Guerrero. Luego visitaban a los hermanos que no habían podido asistir a sus propias casas, y Andrés Mesa, abuelo de nuestro capataz, con sus vivas al Santo Entierro ablandaba los corazones y los bolsillos.

Nos contaba cuando de jóvenes eran portadores de trono, que entonces no habían suficientes y tenían que pagar a forasteros para llevarlo. Y terminaban a las 5 o las 6 de la mañana y presumían de ello. Aunque la verdad es que no podían con el paso, que lo llevaban casi arrastrando la mitad del camino, por más ánimos que les insuflara Andrés Mesa.

Ya de mayor Antonio Mesa lo llamó y lo instó a trabajar más en serio en la Hermandad “mira que esto desaparece” le decía, “ahora hay elecciones, preséntate”.

Así lo hizo, y salió elegido Mayordomo por un voto. Entonces era Hermano Mayor Leonardo Recio, “y empezamos a trabajar” me dice, a contratar bandas buenas, cantaores de renombre, todo para atraer a cuanta más gente mejor. Y les fue dando resultado, mucho trabajo y mucho esfuerzo después. Ese trabajo juntos fue el germen y abono de una gran amistad y de un cariño que se extendió a las dos familias. Gracias Leonardo, por la amistad, la lealtad y el sentimiento.

Y mi madre al lado, claro... Trabajando desde siempre para la Hermandad. Me imagino que empezaría con mi abuela Tele, pues como empezamos nosotras, entre juegos cuando niñas, y ya mayores, con la devoción y el amor sereno a nuestros Titulares que nos da la madurez. Siempre una sonrisa amable y sincera, unas manos generosas y una disposición incuestionable, herencia intangible de mi abuela.

Toda la vida pendiente a las cosas de la Virgen, a buscar bordadoras para el manto, a comprarle una mantilla...

Acompañada también de mi tía Pilar, que no ha tenido Nuestra Señora una camarera que haya tratado con más mimo las ropas de la Virgen, ni que lo haya hecho con más humildad ni más alegría, la de esos ojos azules que se iluminan al recordar, aunque sea con

algo de añoranza, esos tiempos pasados.

También nosotros recordamos con cierta nostalgia esos tiempos, en los que la fiesta empezaba por lo menos un mes antes de Semana Santa.

Yendo y viniendo a la iglesia, haciendo los recados que nos iban mandando, y ya más mayores en la casa Hermandad, sacando enseres, limpiando la plata, remendando las almohadillas y las banderas, de todo lo que hiciera falta. Que buenas tardes pasábamos, qué generosidad la de esas mujeres y con qué alegría se trabajaba ¡qué comunión tan bonita!

Cuánto nos han enseñado con su ejemplo, con su buen hacer, trabajando todas a una, sin distinciones, sin rangos, sin imposiciones.

Ya sé que no es este el día de hacer un alegato feminista, ni esta es la tribuna, pero creo que es mi obligación y la de todos, dar a esas mujeres, un reconocimiento que nunca han pedido pero que tienen más que merecido: mi tía Pilar, Rafaela, Isabel, María, Inma, Rosario, Ana... y mi madre y mi abuela. Y a todas las que tan generosamente habéis recogido el testigo... Muchas gracias. Sois el pilar fundamental para preservar y transmitir la tradición.

Tenemos tantos recuerdos de Viernes Santo como años, pues no hemos faltado nunca a esta sagrada cita.

Casi siempre lloviendo, unas veces chirimirí y otras chuzos de punta. Y qué diferente era lo que veían mis ojos de niña pequeña, mirada inocente que no entendía esas caras, compungidas algunas, serenas otras o más bien

aguantando el tipo, de cada Viernes Santo cuando empezaba a llover.

Total, y si salimos o no salimos, si nos mojamos o no nos mojamos ¿qué más da? Nosotros a lo nuestro, a nuestro trajín y nuestros juegos. Mi mirada de niña pequeña que veía hombres muy grandes, vestidos con túnica algunos, otros de chaqueta con su escapulario y su vara, otros de consiliarios.

Todos serios. Con los años entendí que eran también grandes hombres, que han trabajado toda la vida desinteresadamente para lograr que nuestra Ilustre Hermandad esté hoy donde está y sea lo que es.

Que los que estamos aquí y formamos parte de esta familia es gracias a ellos. No solo por haber sacado adelante tantos años y con tantas dificultades esta Hermandad, sino también por habernos transmitido la fe, la ilusión, el valor de la tradición y el respeto a los mayores.

Todo esto y el amor a nuestros Sagrados Titulares son nuestra herencia recibida, nuestra profunda raíz, y debe ser también nuestro legado y nuestro motor para permanecer y crecer.

Con los años esperamos la llegada del Viernes Santo con la misma ilusión que de niños. Ilusión de niños, pero conscientes hoy de la inmensidad de este día. Todo ajetreo desde la mañana... Mañana alegre de reencuentros, de celebrar, de preparar... Y el corazón y la cabeza puestos en la noche.

Desde media tarde ya está el lío en nuestras casas, preparando mesas para atender a los amigos, poniendo túnicas, cosiendo un escudo de última hora, buscando corbatas y guantes, que siempre falta alguno.

Los ojos brillando de emoción
¿Cuántos salimos de mi casa? Muchos, desde siempre, cuando de pequeños venían mis primos de Antequera y Sierra de Yeguas y salíamos chicos y grandes desde allí.

Ahora somos nosotros con nuestros hijos, y, derramando la última mirada antes de salir, me pregunto si mi madre y mis abuelos nos mirarían entonces con el mismo orgullo que yo hoy los contemplo.

Esa noche, los que nos faltan están más presentes que nunca, nos dan la mano

y nos acompañan como siempre hasta la casa Hermandad.

¡Y qué noche tan solemne!
Noche sin lucero ni luna, negra noche de silencio.

El pueblo entero a tus puertas y no se siente ni un suspiro.

¿Cómo se explica lo que te arde dentro? ¿Cómo se explica ese nervio, ese pulso acelerado a las puertas de tu casa?

Casi cuesta respirar, la razón preparada pero el corazón desbocado. Un nudo en la garganta que no quiero deshacer y que se quedará conmigo hasta que termine la noche.

Todos esperando la voz de nuestro capataz, de nuestro Andrés, que con sus primeras palabras ya nos tiene a todos deshechos y entregados.

Asoma el paso solemne, tu cuerpo herido, lejos ya de la vida, maltratado por el hombre.

¿Sentirán todos como yo? Miro a mi alrededor y sé que sí. Todas las miradas nubladas, el oído agudizado para no perdernos una palabra. Hasta el arrastrar de pies nos conmueve.

Unos minutos suspendidos en el aire, unos minutos en los que no hay nada más que tu conversación íntima con El.

Porque sus heridas son tus heridas y la certeza de su muerte te enfrenta a la fugacidad de la vida, pero también a la dicha de saber que ahora estamos aquí, contemplándole...

Y renuevo mis promesas cada año: que no se me quede un te quiero en los labios, ni un abrazo a medias, ni un

gesto de consuelo en el aire, ni un
perdón sincero.

Contemplo tu cuerpo inerte, la boca
entreabierta, las heridas sangrantes y
me pregunto ¿cómo podríamos aliviar
tanto dolor?, ¿cómo resarcir tanto
daño?

Quizás tus Voluntarios saben de eso,
quizás entre todos reparan la afrenta.

Quizá con Tu peso cargado en sus
hombros cargan también nuestra
súplica de perdón.

Hombres serios, concentrados, cada
uno con su sentir... Y en sus mentes mil
batallas, mil peticiones, mil gracias y
alguna penitencia.

Corta el aire la saeta
y también corta el aliento
esa garganta que llora
al paso del Cristo muerto.

SILENCIO PUEBLO DE CAMPILLOS QUE SALE EN PROCESIÓN EL SANTO ENTIERRO DE CRISTO NUESTRO PADRE REDENTOR

Comienza su andadura el Santo Entierro. Solo se oye el crepitar de las velas que lo alumbran, el andar cadencioso de los penitentes y las instrucciones en voz queda de los consiliarios.

Nadie se mueve, solo lo seguimos con la mirada mientras baja por la calle San Sebastián. Nadie se mueve, esperamos anhelantes verla salir...

Y se muestra por fin ante todos...
Espacio y en silencio, se alumbra la calle con sus candelas.

Y me hundo en esa mirada perdida al cielo, de pena hondísima, de

resignación, de agotamiento, pero también de dulzura y de amor.

¡Qué habilidad la de ese imaginero!
¿Cómo puede una mirada conmover tanto? “A esta Virgen no le pega palio” me dijo una vez mi madre, quizá le pregunté por qué la nuestra no lo tenía. “Es que mira al cielo, con un palio se le pierde la mirada”...

Qué ojos tan inocentes los míos, que poco entendía del sentir de los mayores.
¿Acaso veías tú lo mismo que veo yo ahora?

Ahora que la miro y me pierdo en esos ojos, en esa cara de Señora, Señora de Campillos. Rota de dolor, pero serena, resignada. Sabiendo que lo acontecido era irremediable, que ya estaba escrito su sufrimiento y su pena.

Ahora que la miro y tengo a mi madre y a mi abuela tan presentes. En cada pliegue de su mantilla, en el rosario colgado de su mano, en un lazo de luto prendido en su pecho. Y hablo con ellas como siempre, porque Tú me las acercas.

Ahora que la miro y hallo en Ella el consuelo, la calma y las fuerzas.

Ahora que la miro y sé que es mi bastón y mi guía.

Ahora que la miro y siento nuestro vínculo sagrado, porque somos una Madre y su hija y que, con tu amparo, nada temeré.

Ahora que la miro y se queda la garganta muda porque no hallo palabras de consuelo, al verte esas manos vacías, vacío tu divino regazo tras haber llevado sin vida al Hijo de tus entrañas.

Manos vacías clementes al cielo, manos de entrega absoluta, de fe inquebrantable.

“He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”

Y ya todo estaba escrito...¿Hay amor más inmenso? ¿Hay entrega más grande? Es el amor y la entrega de una madre.

Y entono mi plegaria:

Cobíjanos Madre bajo tu manto, ampara a este pueblo de Campillos que te adora, que reza y se esfuerza cada día por ser dignos del amor de tus ojos, del calor de tus manos y del consuelo de tu pecho.

Va llegando la hora de poner fin a estas palabras. Antes de terminar me gustaria dar las gracias a mis padres, por entregarnos este tesoro: la fe, el

sentimiento cofrade, por transmitirnos tantos valores con su ejemplo, con su vida.

Gracias a mis hermanos por agrandarme el alma.

Gracias a mis hijos, que son mi luz, mi vida y mi orgullo.

Gracias a toda mi familia, sois mi colchón para dejarme caer. Apoyo incondicional siempre, no hacen falta palabras.

Y agradecer a todos los que estáis aquí, por acompañar a esta familia, no solo esta noche, si no a lo largo de los años. Por acompañarnos en los momentos más duros y en los buenos también.

Gracias por formar parte de nuestra vida y enriquecerla.

Y ahora quisiera despedir este pregón
como nos despedimos todos los Viernes
Santo:

SANTO ENTIERRO DE CRISTO,
REY DE REYES DEL MUNDO
ENTERO,
DANOS A TODOS NOSOTROS
SALUD,
PARA VERTE EL AÑO VENIDERO.